

Aquella libertad esclarecida

En diciembre de 1989, monseñor Arturo Rivera Damas, arzobispo de San Salvador, celebraba en Roma una eucaristía en memoria de los jesuitas asesinados unos días antes. Le acompañaba el cardenal Silvestrini y celebraban la misa en Santa María Trastevere, iglesia encomendada a la comunidad de San Egidio. En su homilía, el cardenal Silvestrini dijo enfáticamente, refiriéndose a Ellacuría y compañeros: “Tenemos que llamarlos mártires ya. No podemos esperar cincuenta años”. La razón de no esperar, sin duda, no sólo estribaba en la seguridad de que había en aquellas muertes un verdadero martirio desde la fe cristiana. Se trataba también de un acontecimiento que daba un claro mensaje cristiano para los hombres y mujeres de nuestra época. Por eso debía comenzar a pronunciarse y explicarse la innegable calidad cristiana de testigos de la fe y de la época que vivimos. De hecho, el cardenal, siguiendo la doctrina tradicional de que el mártir muere por el odio que el perseguidor tiene a la fe o a las obras de la fe, aseguraba en su predicación que eran mártires de la doctrina social de la Iglesia.

Ellacuría y sus compañeros murieron cuando la reflexión sobre la globalización comenzaba. Pero sus efectos se habían hecho notar mucho antes y nuestros mártires habían tratado de enfrentarlos. La manipulación de la cultura, la información y el conocimiento desde el poder se aceleraba; los flujos migratorios comenzaban a aumentar de un modo sistemático hacia el Norte; la globalización de la solidaridad comenzaba a tener importancia frente a un insensato ejercicio y manejo del poder que no dudaba en propiciar guerras donde los intereses económicos o geopolíticos se vieran amenazados. La pobreza, y sobre todo la diferencia creciente entre ricos y pobres, acelerada posteriormente en el marco del pensamiento neoliberal, seguía siendo una plaga, y la guerra la profundizaba de muchas maneras. La indiferencia ante el dolor ajeno crecía al ritmo de ese entigrecimiento de las almas que las guerras provocan y se preparaba así esa cultura del sálvese quien pueda individual, que tanto daña a nuestros países pequeños y marginalizados.

Dado que “a los mártires verdaderos no los hace el castigo, sino la causa”, según frase muchas veces citada de San Agustín, conviene inicialmente hacer una pequeña historia de lo que les llevó a la muerte. El Salvador es un país un poco más pequeño que el estado de Vermont, con una densidad de población que ronda los 300 habitantes por kilómetro cuadrado. Su historia, como la de toda Centroamérica, está marcada por una notable

desigualdad socioeconómica. Desigualdad que ha estado en la base de diversos alzamientos, algunos con las dimensiones del bandolerismo social en el siglo XIX, y otros con una dimensión política acentuada. Aunque con frecuencia se ha querido atribuir los conflictos armados internos a ideologías de izquierda, lo cierto es que el componente de la indignación y de la lucha por la propia dignidad ha sido mucho más fuerte que cualquier otro aspecto ideológico o estrictamente político.

Los jesuitas eran conscientes de esa tragedia salvadoreña, que aumentaba además las diferencias económicas con una especie de pervivencia de la sociedad de castas colonial. La tendencia a clasificar como superiores o inferiores a las personas según el color de la piel, la cantidad de dinero, el conocimiento, la vestimenta y simbología social sigue siendo, aun hoy en día, un problema para la cohesión social salvadoreña. Desde los años cincuenta hasta prácticamente finales de los setenta, El Salvador tuvo un crecimiento económico promedio del 5% anual durante 25 años. Y, sin embargo, al fin de esa etapa el país se encontraba al borde de una revolución y al inicio de una guerra civil que duró 11 años. La bonanza económica había aumentado la riqueza de una minoría y había creado un cierto clientelismo político en algunos grupos e instituciones. Con respecto a los más pobres, esta bonanza sólo había conseguido que las diferencias se observaran cada vez con mayor claridad. En 1972 y, cinco años después, en 1977, fraudes electorales había robado las elecciones a una alianza de grupos reformistas. Las protestas comenzaban a ahogarse en sangre y el Estado se organizaba para reprimir y perseguir a sus opositores. En ese mismo año, 1977, había sido asesinado Rutilio Grande, y poco después un escuadrón de la muerte había anunciado que si a partir del primero de junio los miembros de la Compañía de Jesús no abandonaban El Salvador, comenzarían a matar un jesuita por cada día que se atrasaran en salir.

Ese era el ambiente en el que los que ahora llamamos mártires comenzaron a trabajar. La propia Iglesia, sacudida por el dolor de los pobres y por la llamada a acompañarlos tanto del Concilio Vaticano II como de la conferencia de los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín, se hallaba en búsqueda intentado encontrar caminos pacíficos de liberación. El apoyo a la reforma agraria era una bandera bastante común en la Iglesia católica. Y en El Salvador los jesuitas de la UCA trabajaron y apoyaron una todavía tímida ley al respecto. En ese contexto tuvo un gran eco en el país el enfrentamiento institucional de la UCA con la oligarquía salvadoreña y con el gobierno militar. El editorial de la revista *ECA* titulado "A sus órdenes mi capital" censura duramente la marcha atrás en la decisión de hacer reforma agraria debida tanto a la oposición de los terratenientes cafetaleros como a la sumisión militar frente al poder del dinero.

Estallada la guerra civil, los esfuerzos de estos jesuitas se multiplicaron. No sólo trataron de mantener a la Universidad con un alto nivel científico y educativo, sino que ampliaron su trabajo a todo tipo de actividades que pudieran desembocar o bien en el fin del conflicto o en su posible humanización mientras la finalización de la guerra permaneciera todavía lejana. La Universidad se convirtió así en una herramienta de cambio social y de pacificación del país, sabiendo que sería más eficaz cuanto mejor Universidad

fuera. El propio Ellacuría había insistido en que la Universidad no tuviera como una especie de “además” las actividades políticas que se enmarcaban en la construcción de estructuras sociales que respetaran la dignidad humana. A él y a su grupo le parecía imprescindible que en El Salvador “toda su labor universitaria esté orientada y animada por una clara intencionalidad política, que no desfigure la tecnicidad de la labor universitaria, pero sí la obligue a optar y a orientarse por una opción sociopolítica fundamental”.

Esta opción sociopolítica necesitaba unificar nuevos y antiguos elementos de la esencia universitaria que el mismo Ellacuría resumía en los siguientes pasos. Las mayorías oprimidas tenían que ser siempre el horizonte de la actividad universitaria. Dado que el conocimiento es siempre un mecanismo de poder, con posibilidades de ser utilizado para liberar o para oprimir, esa inmensa cantidad de gente que pasa hambre, que ve conculcados sus derechos, que aspira a una vida mejor y más digna, tenía que convertirse en el horizonte de una universidad que quisiera responder a los retos históricos de un país pobre, con un sistema político autoritario y con unos mecanismos de desarrollo que conducían a la creación de una sociedad cada vez con mayores diferencias económicas y sociales. Este horizonte en ninguna manera elimina el hecho de que la cultura debe ser el campo de la actividad universitaria; al contrario, lo potencia. En primer lugar, porque un conocimiento utilizado para justificar o para alimentar de hecho una estructuración social injusta, aunque hable teóricamente de libertades y derechos democráticos, no hace más que contribuir al autoritarismo y a la explotación del hombre por el hombre. Trabajar desde el horizonte de los pobres es contribuir a su lado, y desde el saber como disciplina universitaria, a que las expectativas solidarias de los mismos se conviertan en realidad. Sólo lo que se convierte en realidad desde la cultura, y está culturalmente asegurado, garantiza a largo plazo que los cambios en favor de la justicia sean duraderos. Que la cultura sea liberadora implica partir de los valores y las luchas de los que Ellacuría llamaba “pobres con espíritu”: personas invadidas por la generosidad evangélica que desde su experiencia de la injusticia impulsaban nuevas pautas culturales que ya no se podrían utilizar para volver a oprimir o esclavizar a cualquier tipo de personas.

Desde estas opciones el método de la acción universitaria tenía que ser necesariamente pacífico, pero no por ello menos incisivo. Ellacuría hablaba de la palabra eficaz, una fórmula de clara resonancia bíblica, que en su boca reflejaba coherencia personal, lucidez analítica, investigación seria y reflexión combativa. No en vano insistía en la importancia de que el talante fundamental de la actividad universitaria fuera siempre combativo y beligerante. Beligerancia que se deducía de un modo prácticamente inmediato por el hecho de que la razón siempre es beligerante ante situaciones reinantes de sinrazón. En otro contexto, ese testigo del siglo XX que fue Norberto Bobbio diría algunos años después que “la primera tarea de los intelectuales debería ser la de impedir que el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio también de la verdad”. Y en El Salvador, el monopolio de la fuerza se había convertido en aquellos años en monopolio

Ellacuría hablaba de la palabra eficaz, una fórmula de clara resonancia bíblica, que en su boca reflejaba coherencia personal, lucidez analítica, investigación seria y reflexión combativa.

no sólo de una verdad prostituida, sino en amparo y fundamento de opresión, injusticia y despojo.

Este horizonte de país no tanto subdesarrollado, sino inserto en un proceso de desarrollo desigual e injusto, generador simultáneamente de privilegios y hambre, es el que determina al final el objetivo de la actividad universitaria, que sería, en el caso de la UCA, el cambio estructural de la sociedad. Frente a quienes piensan que la universidad debe tender primordialmente a formar profesionales, para que éstos transformen posteriormente la realidad de nuestros países, Ellacuría alegaba que sin un verdadero compromiso de la universidad como totalidad en la transformación de estructuras era prácticamente imposible que los profesionales pudieran comprometerse en esa misma tarea. Porque el pequeño grupo privilegiado de profesionales podía fácilmente ser absorbido por la estructura social dominante. Y porque una universidad que sólo diga en sus clases lo que hay que hacer, pero no se comprometa institucionalmente con lo que enseña, pierde en realidad su eficacia y su credibilidad. De hecho, ya en los finales de los años setenta y principios de los ochenta se podía constatar en diferentes países centroamericanos que los jóvenes revolucionarios de la universidad pública eran después disciplinados y obedientes burócratas de regímenes militares conservadores. Si la universidad no buscaba directamente la transformación de estructuras, continuaba Ellacuría, ello equivalía a no encontrar la realidad. Y sin encontrar la realidad a través del binomio investigación-reflexión, unido a la praxis universitaria transformadora, ni siquiera a los profesionales que se están formando se les transmitiría ese conocimiento de la realidad que es indispensable para la transformación de la misma. A parte, continuaba, que sería un desperdicio invertir todos los recursos y energías universitarias en el mundo de los pocos privilegiados que llegan a la universidad en nuestros países de desarrollo desigual e injusto.

Las palabras de monseñor Rivera al llegar al lugar de los hechos marcaron el inicio de una reflexión sobre la muerte de nuestros compañeros que hoy queremos continuar. “Los mató el mismo odio que mató a monseñor Romero”, dijo entonces el arzobispo de San Salvador.

Este afán de convertir el instrumento universitario en un objeto duro, “metálico, de dura luz, de púas aceradas... incómodo al oficio del tirano” —en versos de José Ángel Valente—, provocó inmediatamente resistencias, odios y críticas. Con el estallido de la guerra civil, Ellacuría, como líder del rumbo universitario, tuvo que dejar El Salvador y vivir exiliado año y medio en Nicaragua. Sin embargo, desde allí, seguía, con su equipo, pensando en cómo historizar la misión de la UCA en las nuevas y diferentes circunstancias. Poco antes de salir había apoyado un golpe de Estado contra un gobierno militar ilegítimo y represivo. Los líderes civiles del golpe eran mayoritariamente catedráticos de la Universidad y muy pronto tuvieron que dimitir al ver que tanto el ala dura del Ejército y la oligarquía, como la izquierda radicalizada por la represión, entorpecían la mayoría de las decisiones que podrían sacar al país de la antesala de la guerra e introducirlo en una democracia con mayor dimensión representativa y renovada conciencia social. Fracasado el intento tardío de impedir un baño de sangre, y estallada la guerra con sus secuelas de represión y masacres, el análisis y la reflexión enrumbarían el trabajo universitario en una nueva dirección: terminar la

guerra a través del diálogo, poniendo en la mesa de negociación los intereses de los pobres, y humanizar el conflicto a través de la defensa de los más débiles y de sus derechos humanos fundamentales.

La propuesta de finalizar la guerra mediante el diálogo y la negociación vino pocos meses después de que estallara la ofensiva militar guerrillera de 1981. En un momento en que todavía el FMLN aspiraba al triunfo revolucionario y el Ejército al aplastamiento total de la guerrilla, la propuesta de negociación no encontraba eco. Solamente el entonces nuevo arzobispo de San Salvador, monseñor Rivera, mantenía una posición similar. Sin embargo, decían los futuros mártires, ninguna solución era mejor que la del diálogo. El triunfo de la oligarquía y los militares significaría un baño de sangre, un retroceso democrático y un mantenimiento a largo plazo de una situación de pecado estructural. El triunfo de la guerrilla significaría la prolongación de la guerra, acompañada de una nueva “contra”, semejante a la que ya operaba en Nicaragua, fuertemente financiada desde los Estados Unidos. Y, además, ni la oligarquía estaba preparada o dispuesta para crear estructuras de justicia, ni la guerrilla para generar una economía realmente de cambio. La negociación, poniendo sobre la mesa los derechos de los pobres, era el único camino sensato y racional. Y Ellacuría, ciertamente, apostaba siempre por la racionalidad como sinónimo de humanidad. Los ataques recibidos, tanto de una derecha que veía en la negociación una estrategia para darle legalidad a la guerrilla y fuerza para futuros asaltos contra sus intereses, como desde una izquierda que pensaba que el diálogo era una táctica norteamericana para evitar el triunfo revolucionario, no detenían a este grupo empeñado en lograr, aun en medio de la dureza de una guerra civil, un cambio de estructuras económicas y sociales que garantizara la dignidad de las grandes mayoría empobrecidas de El Salvador.

Los derechos humanos, por otra parte, no sólo eran una necesidad imperiosa en una guerra terriblemente cruel, sino un camino para mostrar el futuro de dignidad y fraternidad al que se aspiraba. De las aproximadamente 22,000 denuncias de violaciones graves a los derechos humanos que en 1992 revisó la Comisión de la Verdad, el 85% correspondían, según los denunciadores, a los agentes del Estado, mientras que el 5% se achacaban al FMLN. En un 10% de las denuncias resultaba prácticamente imposible atribuir autorías dado lo revuelto de la situación en aquellos días. Estas denuncias, en boca de la misma Comisión de la Verdad, constituían solamente una muestra de lo que había acontecido en el país durante los once años de guerra civil. Muestra sólida porque el cálculo que establecían los diferentes grupos de defensa de los derechos humanos se acercaba aproximadamente a los 70,000 muertos.

Los jesuitas resumían esta doble opción de la Universidad, que simultáneamente trataba de mantener su producción universitaria con seriedad y responsabilidad intelectual, con una frase muy simple: tratamos de salvar vidas. Salvar vidas cambiando una situación de injusticia tanto estructural como coyuntural, doblemente agravada por la guerra. La inteligencia, el trabajo, la palabra eficaz, los viajes continuos, las publicaciones, los contactos internacionales, las reuniones con líderes de ambos bandos, la labor humanitaria, la investigación centrada en la problemática del poder, de la

violencia, de la migración, de la coyuntura cambiante y tantas veces manipulada y tergiversada por los medios de comunicación... todo tenía un fin claro y último: salvar vidas a corto, mediano y largo plazo. Incidir en los diversos movimientos de la coyuntura y en los esquemas de fondo estructurales, de tal manera que se fuera gestando un estilo diferente de sociedad.

Estar unidos cordial y hondamente con las causas de los pobres se ubica en una dimensión histórica que corresponde más plena y profundamente con la historia oculta de Dios. Esa historia tantas veces olvidada y crucificada incluso por gente piadosa.

En repetidas ocasiones hemos citado una poesía de Francisco de Quevedo, aplicándola a la muerte martirial de nuestros compañeros. El texto añora toda una serie de virtudes antiguas, y sobre una de ellas dice: "... y aquella libertad esclarecida / que en donde supo hallar honrada muerte / nunca quiso tener más larga vida". Cuando el sábado 11 de noviembre de 1989 se escuchó en una cadena nacional de radio en El Salvador pedir sistemáticamente que asesinaran a los jesuitas de la UCA, la preocupación y el temor invadieron al entonces Provincial de la Compañía de Jesús en Centroamérica. El lunes siguiente él llamó por teléfono a Ellacuría, que regresaba entonces de

España, para recomendarle que no llegara de momento a El Salvador. Pero el deseo de contribuir a la paz y al diálogo, precisamente en un momento en que la guerra se recrudecía, unido a la confianza en que el diálogo era una necesidad cada vez mayor para las partes que estaban simultáneamente en conflicto y en empate, fue más fuerte que los temores del Provincial. Y ese mismo lunes Ellacuría llegaba a El Salvador. Un teniente registró el carro en la entrada de la Universidad y lo reconoció. Mientras su propia valentía y seguridad en la misión pacificadora nos tranquilizaba, un coronel del Estado Mayor enviaba a un grupo de soldados del batallón Atlacatl, batallón insignia de la lucha contrainsurgente y de la violación de derechos humanos, para inspeccionar si realmente Ellacuría estaba de vuelta en El Salvador y habitando la casa que dos días y unas horas después sería objetivo militar. Con el Atlacatl llegó también un teniente perteneciente a la dirección de la Inteligencia Militar. La preparación del asesinato daba sus primeros pasos.

Su muerte nos sorprendió a todos, a pesar de que varios de la comunidad jesuita, situada a cuarenta metros del lugar donde los mataron, escuchamos un fuerte tiroteo a las dos de la mañana. Los asesinos disimularon la masacre disparando al aire, fingiendo un enfrentamiento con la guerrilla, acribillando el edificio dedicado a la teología, disparando dentro de éste contra libros y contra retratos de monseñor Romero, lanzando tres granadas y un cohete antitanque LAW contra las instalaciones que albergaban la residencia de los jesuitas y el Centro Pastoral. Las palabras de monseñor Rivera al llegar al lugar de los hechos marcaron el inicio de una reflexión sobre la muerte de nuestros compañeros que hoy queremos continuar. "Los mató el mismo odio que mató a monseñor Romero", dijo entonces el arzobispo de San Salvador.

Esta historia y este contexto nos preparan para entender lo que afirmábamos desde el principio. Se trata de unas personas que, desde su trabajo y desde los riesgos que asumieron en la construcción de una sociedad más solidaria y justa, se han convertido en ejemplo y paradigma de comporta-

miento para cualquier cristiano con conciencia crítica que hoy desee incidir en la transformación de un mundo que sigue produciendo pobreza y marginación, mientras malgasta sus recursos en lujos, guerras, derroches sistemáticos al servicio de minorías y daños graves al medio ambiente.

El primer elemento que nos transmiten es el de la confianza en la fuerza del Evangelio cuando éste se une a una interpretación correcta de la realidad. El Evangelio, al igual que la gracia del Señor, aunque siempre se nos ofrece, no siempre produce los frutos esperados. Cuanto más se separa de la realidad, o se concentra en un sólo aspecto de la realidad humana, sea esta de orden individual o social, más débil se muestra en su propia fuerza. Al contrario, cuando se une a un correcto análisis de la realidad, su potencia es mucho mayor. Y nos explicamos con un ejemplo. Entre los misioneros españoles que llegaron a América hubo muchas personas piadosas e incluso sacrificadas. Pero la fuerza evangélica permaneció con mucho más poder y eficacia histórica en las personas como Bartolomé de Las Casas y otros, que supieron hacer un análisis adecuado de la conquista y de la brutalidad que la acompañaba. De hecho, Las Casas continúa siendo objeto de estudio tanto en el campo histórico como en el campo de la evolución de los principios básicos de humanidad, e incluso en el terreno de la teología. Del mismo modo, los mártires de la UCA muestran una enorme fidelidad a la verdad de la realidad de su tiempo, y un gran esfuerzo por discernir lo que esta historia tiene de evangélicamente esperanzador y de contradictorio con el mensaje cristiano. Y dentro de ese análisis riguroso de la realidad circundante optaron por aportar desde su fe lo que humanizaba, lo que protegía la vida, lo que contribuía a acrecentar la dignidad humana.

Optaban, así, por lo más profundo de la fe cristiana, al menos desde su obligatoria referencia hacia el prójimo. El perseguido, el humillado, el que sufre por tener hambre y sed de justicia, el crucificado de nuestros días y de nuestro entorno es signo y presencia del Señor que pide solidaridad. Las cruces de hambre y de miseria, pero también las cruces de los esclavos capitaneados por Espartaco en los años 70 antes de Cristo, se parecen más a la cruz del Señor que las plegarias cómodas o las discusiones bienintencionadas presididas por un crucifijo en nuestras iglesias. La opción de los mártires de la UCA por las víctimas de la historia, incluso desde la relativamente confortable vida del intelectual, fue tan auténtica que los identificó plena y sangrientamente con los más vilmente torturados y masacrados.

No todos podemos estar al mismo tiempo cercanos y próximos a los pobres y a los excluidos de nuestras sociedades y de esta sociedad mundial cada día más experta en olvidarse de quienes supuestamente sobran en nuestro sistema de vida. Pero todos podemos comprometernos con las causas de los pobres y poner nuestra energía y nuestra palabra al servicio de una solidaridad con justicia. La limosna puede ser un acto de virtud compartido por pobres y por ricos, aunque el hecho de dar algo del propio dinero tenga una valoración diferente, ante los ojos del Señor, según se dé

La historia se cambia realmente cuando el Evangelio funciona y actúa desde dentro de los problemas y desde abajo de la pirámide social. Esto no excluye a nadie, pero sí nos indica un modo de actuar evangélico que se ofrece a todos como camino de salvación.

parte de lo que a uno le sobra o parte de lo que es necesario para vivir. Pero el estar unidos cordial y hondamente con las causas de los pobres se ubica en otra dimensión histórica que corresponde más plena y profundamente con la historia oculta de Dios. Esa historia tantas veces olvidada y crucificada incluso por gente piadosa. Cuando los candidatos de los países desarrollados se olvidan en sus programas electorales de hablar del África subsahariana, o de algunas regiones de Asia o de América Latina, nos indican claramente el camino que los cristianos no debemos seguir. El camino en el que las causas de los pobres quedan supeditadas totalmente a los intereses de un mundo incapaz de universalizar los bienes de los que disfruta y por los que ha optado, al menos en los centros del poder real, por marginar y excluir definitivamente a seres humanos a los que considera despojos, sobras sin valor del mundo en que vivimos. Y este es el segundo aspecto de su mensaje: la unión del Evangelio con las causas de los pobres continúa actualizando y dándole sentido al mensaje cristiano.

Frente a prácticas políticas que tratan de solucionar los problemas desde el poder, y generalmente en favor del poder, estos mártires contemporáneos nos recuerdan que el camino cristiano, aunque no desechó utilizar el poder como mecanismo de servicio, sabe que no es desde arriba y desde la fuerza como se cambia la realidad. Ellacuría y sus compañeros nos muestran de nuevo el camino cristiano más tradicional. La historia se cambia realmente cuando el Evangelio funciona y actúa desde dentro de los problemas y desde abajo de la pirámide social. Esto no excluye a nadie, pero sí nos indica un modo de actuar evangélico que se ofrece a todos como camino de salvación y que se inserta en la esperanza del Reino de Dios, y que tiene también su dimensión salvífica intrahistórica. Hablando de esta dimensión en su último artículo en la *Revista Latinoamericana de Teología*, Ellacuría insistía en la necesidad de poner en unidad “la figura de Jesús (crucificado) con la de la humanidad oprimida”. Y nos recordaba el escándalo que esa unidad produce incluso en las Iglesias: “Resulta escandaloso a muchos creyentes, que ya no creen ver nada llamativo en el anuncio de que la muerte de Jesús trajo la vida al mundo, pero que no pueden aceptar teóricamente, y menos aún prácticamente, que esa muerte que da vida pase hoy realmente en su dimensión resucitadora por los oprimidos de la humanidad. Y resulta así mismo escandaloso a quienes buscan la liberación histórica de la humanidad. Es fácil ver a los oprimidos y necesitados como aquellos que requieren ser salvados y liberados, pero no lo es el verlos como salvadores y liberadores”.

A Ellacuría le gustaba hablar sobre la civilización de la pobreza. Y aquí entramos en el tercer mensaje de valiosa actualidad de nuestros mártires. Frente a una civilización del bienestar, la abundancia, el consumo e incluso el derroche, la civilización de la pobreza era un modo diferente de afirmar la necesidad de transformar el mundo. Todo lo contrario de la civilización del capital, tal y como se da en la actualidad. La afirmación de que necesitamos una nueva civilización de la pobreza asusta a algunos, que piensan que se trata de una especie de universalización utópica e irrealizable de la pobreza. Sin embargo, Ellacuría y sus compañeros pensaban otra cosa diferente. Esta nueva civilización que se puede empezar a crear ya, y que en muchos lugares se ha ido avanzando hacia ella, no se basa en una universalización de la pobreza, sino

en el cumplimiento básico de los deseos de los pobres. El trabajo digno, decente, es una de las aspiraciones más fuertes de nuestra gente. La migración no es más que un gran ejemplo de esta hambre de trabajo decente. Pues bien, en palabras de Ellacuría, “la civilización de la pobreza propone, como principio dinamizador, frente a la acumulación del capital, un trabajo que no tenga por objetivo principal la producción de capital, sino el perfeccionamiento del ser humano. El trabajo, visto a la par como medio personal y colectivo para asegurar las necesidades básicas y como forma de autorrealización, superaría distintas formas de auto y hetero-explotación y superaría, asimismo, desigualdades no sólo hirientes, sino causantes de dominaciones y antagonismos”.

Hoy podemos preguntarnos el porqué de esta insistencia en que a una civilización que brote del trabajo decente se le llame civilización de la pobreza. E incluso podemos discutir si la insistencia en la pobreza como hecho civilizatorio no lleva más a confusión que a claridad en los objetivos. Pero la razón de fondo del nombre sigue, de muchas maneras, teniendo una enorme vigencia. Los pobres son evangélicamente quienes nos salvan (recordemos Mateo 25), siguen siendo muchos, especialmente si los contemplamos desde sus aspiraciones laborales y su trabajo decente, y siguen siendo sus aspiraciones las que deberían tener prioridad en nuestra propia organización socioeconómica si queremos construir un mundo más justo. La fórmula que insiste en la pobreza como elemento de civilización tiene además la virtualidad de cuestionarnos y de hacernos pensar de un modo no paternalista, sino comprometido y agradecido con aquellos que nos recuerdan que la humanidad es una y que hasta el presente no hemos sabido organizarla en coherencia con esa unidad básica y con esa única y misma dignidad humana. Nuestros mártires pensaban que el mundo sigue necesitando voces proféticas. Voces que no sean sustituidas por quienes desde las grandes corporaciones mundiales estudian el fenómeno de la pobreza, marcan límites económicos a la misma, pero nunca hacen la experiencia de renunciar a sus salarios y vivir tan siquiera un año en los límites básicos a partir de los cuales deja uno de ser pobre. El ansia intelectual de comprobación científica se detiene fácilmente cuando es la propia realidad personal la que tiene que someterse a la austeridad o a la carencia de medios.

Con todo y ello, los estudios de las grandes corporaciones nos dan siempre elementos para hacer nuestra propia crítica social, y los mártires tampoco se negaban a ellos, sino que los utilizaban ampliamente, llevándolos precisamente a sus consecuencias radicales. Hoy, por poner un ejemplo, el informe sobre desarrollo humano del PNUD en El Salvador dedicado al empleo nos dice que en este país, donde los márgenes de pobreza eran del 30% según cifras oficiales, sólo el 19% de la población tiene trabajo decente. Una prueba más de que sin voces proféticas continuadas y persistentes el acomodamiento cultural de quienes vivimos bien puede descansar en exceso en cifras que no expresan plenamente los problemas de las grandes mayorías.

Dicen que cuando los mártires son verdaderos mártires siguen siempre actuantes en la historia. Silenciosamente algunos, desde el testimonio de una

Los mártires cargan sobre sus hombros la primera pregunta de Dios a la humanidad homicida: “¿Qué has hecho de tu hermano?”, y la última afirmación del Señor en la venida de su Reino: “Vengan, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me dieron de comer”.

muerte al servicio de los más débiles mientras huían a cualquiera de los campos de refugiados de cualquier guerra de estas modernas, en las que mueren especialmente mujeres, ancianos y niños. En otros, el conjunto de generosidad martirial de tanta gente buena estalla y se vuelve luminoso para una gran parte de la humanidad. Es el caso de Martin Luther King en Estados Unidos, o el de Maximiliano Kolbe en los campos de concentración nazis, o el de monseñor Romero en El Salvador. Los jesuitas a los que hoy recordamos pertenecen a esta genealogía de mártires luminosos que supieron asumir el sufrimiento de tantas víctimas del odio y de la crueldad humana. No se les puede recordar sin remitir a otros casos mucho más trágicos, pero que les dieron a ellos la fuerza, la indignación y la opción evangélica de denunciar la situación y trabajar por la paz. La masacre del Mozote, en la que fueron asesinados cerca de mil campesinos, buena parte de ellos niños reunidos en una casita aledaña a la iglesia del mismo lugar (donde, según la Comisión de la Verdad, se identificaron posteriormente “los restos de esqueletos de 143 individuos, de los cuales 131 correspondían a niños menores de 12 años”), está sin duda en la base de la actividad y el compromiso de los jesuitas, y debe con ellos ser recordada.

Quienes fuimos testigos de su muerte fuimos simultáneamente testigos de su resurrección en solidaridad y en fuerza. El día de los asesinatos, muchos de los que comenzábamos en esos mismos momentos a exigir justicia no estábamos seguros de sobrevivir a las 24 horas siguientes. Pero, al final de la tarde, poco antes del toque de queda, recibimos tal cantidad de mensajes de solidaridad y apoyo, y tan variados en su procedencia, condición social y edad, que tuvimos la íntima convicción de que su muerte nos estaba protegiendo a quienes quedábamos. El agradecimiento a la solidaridad sencilla de tanta gente, que escribió un mensaje simple en el que se nos daba ánimo, es parte de la herencia de aquellos días. Hoy tenemos la seguridad de que cuando se da un paso, por pequeño que sea, a ese nivel de ánimo y solidaridad, se está haciendo algo cuyas consecuencias son mucho más positivas de lo que se puede imaginar.

Cuando poco después celebrábamos la misa, ya refugiados en la casa, con el resto de los jesuitas, la frase que debíamos repetir en la lectura del salmo responsorial decía: “Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”. En todos corrió la sensación, aun en medio del miedo y de la angustia de aquella primera noche, que Dios comenzaba su triunfo sobre la guerra en la enorme marea solidaria que se había levantado tras la muerte de nuestros hermanos. Bastantes años después, firmados los Acuerdos de Paz en El Salvador, mucha gente repetía, incluso dentro de la derecha que los había atacado, que la muerte de los jesuitas había acelerado enormemente el proceso de paz. Si salvar vidas había sido su objetivo final y más profundo, incluso en muerte siguieron actuando y levantando conciencias en medio de una guerra y una brutalidad sin conciencia.

Pero salvar vidas sigue siendo tarea. Y, como decíamos al principio, este grupo de jesuitas, pequeño grupo de amigos, nos sigue recordando esa lucha crucial de nuestro tiempo, que es la lucha por la justicia. Lucha por la que ellos pagaron un precio. Pocos como ellos reproducen hoy la invitación a la lucha del famoso discurso de Enrique V en el drama del mismo nombre de Shakespeare: “Nosotros pocos, felices pocos, banda de hermanos. Porque el que hoy

derrame su sangre conmigo, será mi hermano”. La hermandad universal, aunque la proclamamos de muchas maneras, no se logra sino desde el salir de sí mismos, desde el riesgo y desde la aceptación profundamente asumida de que sólo mezclando el propio sacrificio con el dolor ajeno empieza a configurarse una nueva creación. Al igual que las palabras de Shakespeare siguen teniendo fuerza simbólica en nuestros días, también la mantienen los mártires entregados pacíficamente a las grandes batallas del espíritu, que son al mismo tiempo las grandes batallas de lo humano. Simbolismo continuamente actualizado, porque su lucha reúne los elementos indispensables para enfrentar los caminos que hoy siguen conduciendo a la deshumanización. Frente al éxito y la excelencia individual, frente al encerrarse en ámbitos de comodidad económica, cultural o étnica, frente al desconocimiento de la realidad en sus aspectos más duros y marginalizados, los mártires presentan otras dimensiones: la capacidad de dar la vida por los demás, sabiendo que la sangre derramada tiene el valor de la semilla; una gran apertura y sensibilidad frente a lo humano en todas sus manifestaciones, incluso las dolorosas y deshumanizadas; y una capacidad intelectual de penetrar en la dimensión estructural de los problemas, que al estar unida con diversas disciplinas universitarias lograba que la palabra profética fuera al mismo tiempo palabra eficaz.

Hoy, cuando en medio de la baraúnda abundante de datos, propia de la sociedad de la información, es necesario elegir y seleccionar el conocimiento, los mártires nos iluminan respecto al modo de realizar dicha elección. Mientras desde diversos acercamientos cómodos a la realidad se nos puede decir que ésta es poliédrica, que presenta demasiadas facetas, aristas y resplandores, los mártires actuales nos recuerdan una frase característica de la época patristica: *nuda est veritas*: la verdad está desnuda. Y al igual que para los cristianos la verdad desnuda está para siempre en la cruz, también sigue siendo verdad básica y elemental en un mundo donde hay demasiada muerte convocada y producida por opresiones históricas que el compromiso cristiano exige, en frase del propio Ellacuría, “bajar de la cruz al pueblo crucificado”. En ese esfuerzo de liberación sí habrá que utilizar la imaginación, la inteligencia, el conocimiento y la sabiduría, para ir construyendo poco a poco una humanidad digna de la nueva Jerusalén que se acerca a nosotros.

Decía Giorgio Vattimo que “la única definición filosófica posible de la violencia es que ésta acalla toda nueva pregunta”. Nuestra sociedad trata de acallar las preguntas de muy diversas maneras. Desde la promoción y el brillo de la sociedad de consumo, desde el triunfo y el éxito de algunos, desde la palabrería de quien tiene poder para repetir frases e imponerlas en el discurso dominante, o desde el simple ejercicio de la fuerza bruta. Los mártires cargan sobre sus hombros la primera pregunta de Dios a la humanidad homicida: “¿Qué has hecho de tu hermano?”, y la última afirmación del Señor en la venida de su Reino: “Vengan, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me dieron de comer”. Al final, todo se resume en esa invitación a tomar decisiones radicales que siempre plantea la Palabra. De los mártires antiguos se decía que “levantaron su libertad contra los reyes y los príncipes, y sólo se la entregaron a Dios, a quien pertenecía”. Hoy esa entrega de la libertad pasa necesariamente por el servicio apasionado a las causas de los pobres y por la reconstrucción de una sociedad en la que la civilización de la pobreza sustituya a la civilización del capital.